

El poeta de la figura humana

Vicente Quirarte
Instituto de Investigaciones Bibliográficas UNAM

Desde su nombre pila, Saturnino Hernán era un predestinado. De acuerdo con lo establecido por Marsilio Ficino en sus Tres libros de la vida, los afectados por el planeta Saturno son temperamentos melancólicos, cuya enfermedad se cura mediante la actividad, sobre todo de la artística. Como pintor de excelencia, Herrán dotó a México de un arsenal estético que sin dejar de representar lo nuestro trascendió fronteras para colocarse entre los grandes creadores del arte universal. Nacido virtuoso, tuvo la capacidad para convertir su facilidad nata en gran arte, en verdadera creación que disfrutamos y agradecemos y no dejamos de estudiar a cien años de su entrada en la inmortalidad.



Autoretrato ca. 1915. Lapiz de color sobre papel

Elegido por los dioses, murió joven, a los 31 años, pero en una década de actividad febril llenó lienzos y murales con su pasión y su talento. Otro artista visionario, como él hijo de Aguascalientes, lo antecedió en la partida. A los 36 años de edad que tenía en 1902, año de su muerte, el escultor Jesús F. Contreras había dotado al país de esculturas que daban fe de su fecundo

arsenal histórico, pero también transmitió al bronce y al mármol la pasión finisecular de la carne en permanente lucha contra el tiempo. Herrán tomó la estafeta para hacer del lenguaje corporal del mexicano un arte universal y eterno. Sus lápices y sus pinceles refrendaron el manifiesto que su amigo, el poeta Ramón López Velarde, puso en palabras: «El descanso material del país, en treinta años de luz, coadyuvó a la idea de una patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa».



Jesús F. Contreras. **Izcóatl** 1888. Jardín de la Triple Alianza. Alto relieve en bronce

Herrán llegó de tierra adentro, como el zacatecano Ramón López Velarde, y se instaló en la capital del país. Ambos pusieron sus respectivos talentos y pasiones para construir una nación cuyo espíritu parecía devastado por la reciente guerra fratricida, por una revolución que mutiló la carne y la sangre de ambos pero que a cambio los hizo contemplar la patria de otra forma. «Almas paralelas, corazones divergentes», es el título que Felipe Garrido destina a trazar las vías que unieron y asemejaron los destinos del pintor y del poeta. En otro contexto, López Velarde escribió «nuestras vidas son péndulos», y semejante oscilación está presente en toda su vida y su obra: la dinámica entre la realidad y el deseo, entre la consumación y el vacío. Es el destino del artista. Igualmente, Herrán se aferraba poderosamente a la tierra, pero no podía negar los poderes de los hados.



Estudio de Saturnino Herrán en el número 82 de la calle de Mesones
Ciudad de México



Vista del estudio de Saturnino Herrán
ca. 1914-1918



Saturnino Herrán en su estudio con el pintor
Alberto Garduño ca. 1914-1918

En alguna ocasión. René Avilés Fabila definió al pintor como aquel que ama a los poetas. En efecto: es secular la rivalidad prevaleciente entre los cofrades de un mismo oficio. En cambio, son proverbiales la amistad entre pintores y poetas. El binomio Manet-Baudelaire fue más allá de una afinidad electiva, de una pasión común por la belleza original y la necesidad de que su cultivo se opusiera a la irrefrenable revolución industrial. De la misma forma, Herrán y López Velarde tradujeron las formas de siempre y pusieron las bases de un nacionalismo que la impetuosa y definitiva entrada de José Vasconcelos llenaría los resquicios de la conciencia de México.

Como bien lo advierte el español Alfonso García Morales en su ensayo preliminar a la obra de Ramón López Velarde; «fuera pocos lo conocen, en México es algo más que un escritor». No obstante la universalidad trazada por él y por Herrán, su pertenencia a nuestros colores, nuestros giros, nuestro sol y nuestra tierra, los regresan constantemente a nosotros, para fortalecer nuestro orgullo y nuestra razón de ser.

«El mejor elogio que de la vida podamos hacer, dados nuestro ciudadanos modos de vivir, consistirá desde luego en el aspecto y espíritu de nuestra ciudad, que será luminosa y alegre, variada, rica en color, expresiva y so-



Saturnino Herrán saludando a Victoriano Huerta 1914



Exposición de los trabajos de los alumnos de Antonio Fabrés en la Academia de San Carlos 1904. Saturnino Herrán se ubica a la derecha de Antonio Fabrés.



Primer aniversario de la Editorial Cultura 1917

lemne, si nosotros somos capaces de vivir luminosa, alegre y solemnemente». Ramón López Velarde subrayó esta frase en el libro *Disertaciones de un arquitecto* de Jesús T. Acevedo, aparecido bajo el sello de Editorial Cultura en 1920. Como Herrán, Acevedo llegó al final de su aventura terrestre el propio 1918.

Con la proximidad de los festejos conmemorativos de la consumación de la Independencia, se soltó la rienda lérica a los recitadores de plaza, a quienes pensaban que el vigor poético reside en la laringe. El patriotismo mal entendido fue pretexto para que los poetas -o los que así se autodenominaban- expresaran sentimientos que pueden aplicarse a cualquier otro país. Para evitar este artificio, López Velarde escribió, a manera de una patitura que lo ayudara a no perderse, el ensayo «Novedad de la patria». ¿Y la ciudad? Si en su vasta contradicción se resumen todas las contradicciones nacionales, ella será la que determine la duración sacralizada de la provincia y la transgresión torturada de la capital. Mientras bebe con los ojos la copa de jerez que casi no ha probado, el poeta se hace la pregunta que encierra una respuesta: ¿cómo torcerle el cuello a la epopeya sin matarla, del mismo modo en que el doctor Enrique González Martínez, sin dejar de cantar, lo hizo con el cisne?

La muerte prematura, cuando el artista se encuentra en plena ascensión de su talento, suele jugar bromas pesadas, y López Velarde no fue la excepción. La Cámara de Diputados decretó un luto de tres días y los funerales corrieron por cuenta del gobierno. Las opiniones y homenajes coincidían en señalar que el país había perdido al poeta que establecía las bases de un nacionalismo que la Revolución legitimaba como una de sus conquistas. Para la imaginación popular, siempre pronta al sentimentalismo bien intencionado, resultaba conmovedora la imagen del poeta revisando en su lecho de muerte las pruebas de plana del poema. Así como a García Lorca se le consideró por mucho tiempo exclusivamente un poeta de gitanos y cuchillos, López Velarde recibía un reconocimiento inmediato como poeta cívico. La esquila aparecida en la revista México Moderno es elocuente del poeta que entonces se quería ver. «Ramón López Velarde, el poeta mexicano por antonomasia, que auscultó con originalísimo talento el ritmo insospechado de nuestra vida provinciana, llevando una poesía nueva y universal por sus secretos de selección y sus purezas estéticas los latidos de una raza, ha muerto».



Jesús López Velarde, Jesús B. González, Saturnino Herrán y Artemio de Valle Arizpe ca. 1916

La Suave Patria es un poema doblemente revolucionario: primero, porque obliga a mirar al país con los nuevos ojos de la Revolución, democratizando el modo como debemos hablarle. Segundo –y más importante aún– porque este redescubrimiento de México, esta declaración de amor tiene lugar a través de un poema de largo alcance, cuya retórica no se limita al reflejo inmediato de una ideología. Con López Velarde, la Patria vuelve a ser ciudadana, camarada y compañera, no una madrastra rígida y autori-



Saturnino Herrán de paseo en el campo con amigos s/f



Rosario Arellano y Saturnino Herrán el día de su boda 24 de abril de 1914

taria. Desde una crónica publicada el 31 de agosto de 1916, López Velarde censuraba a los que defendían una literatura de «rabias», y sobre la poesía política dice: «El asunto civil ya hiede. Ya hedía en los puntos de la pluma beatífica de aquellos señores que compusieron odas para don Agustín de Iturbide».

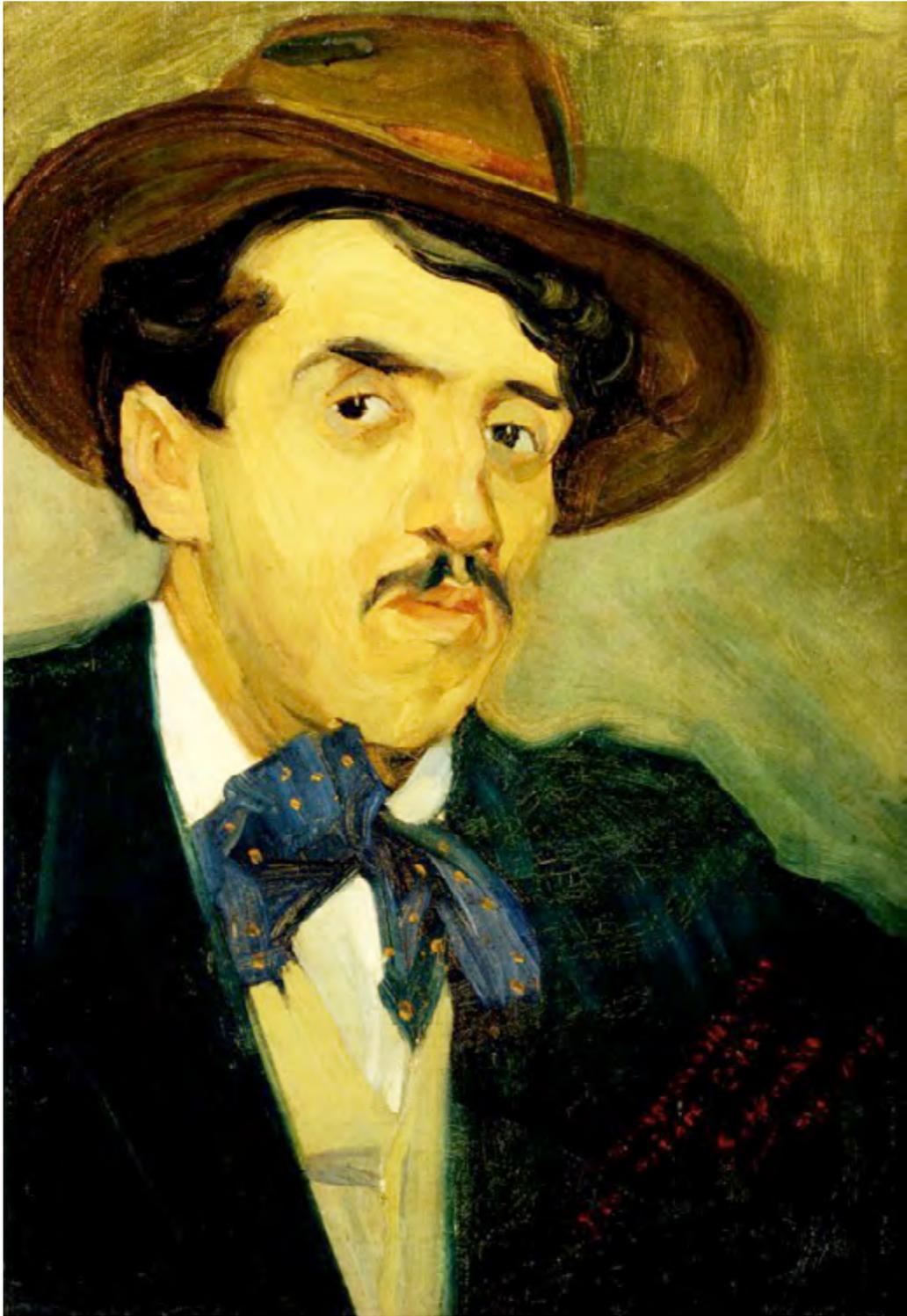
Desde los cuadros de caballete de *La sangre devota*, López Velarde había logrado trasladar a su poesía los colores y los sonidos, pero sobre todo el ritmo sosegado de nuestra provincia. Como ha visto Luis Noyola Vázquez, en este sentido el mérito de López Velarde no fue el de introducir temas y colores locales en su poesía, sino cantar la provincia con la profundidad y la verosimilitud que nadie se había atrevido, mucho menos en una época cuando la cosmopolita era el grito de guerra de todas las escuelas y movimientos. En *La Suave Patria* va a continuar utilizando la misma música en sordina pero -lo aclara desde el proemio- el suyo es un poema épico para ser dicho antes que cantado.



Chayito 1913. Carbón sobre papel

Al mismo tiempo que López Velarde, el pintor Saturnino Herrán emprende esta búsqueda del carácter nacional, en pinturas donde predominan «la delicadeza asordada, la honda cavilación y los asuntos simbólicos». Del mismo modo en que Herrán busca el retrato interior del indio, y captar sus actitudes y lenguaje corporal, López Velarde hace de Cuauhtémoc el «único héroe a la altura del arte», y antes de llenarlo de adjetivos estériles, renuncia al monumento bronceo, lo vuelve humano, lo trae hasta nosotros, lo tutea, nos invita a que lo llevemos en la mano en forma de los hasta hace unos cuantos años heroicos tostones.

Una tarea semejante precisaba no sólo la intuición del poema natural que era López Velarde, sino un conocimiento de la tradición que estaba combatiendo. En la prosa «Novedad de la patria», el poeta enemigo de explicar sus procedimientos proporciona varias claves para la lectura de su



Retrato de Alberto Cañas 1913. Óleo sobre tela

poema: «En este tema, al igual que en todos, sólo por la corazonada nos aproximamos al acierto. ¿Cómo interpretar, a sangre fría, nuestra urbanidad genuina, melosa, sirviendo de fondo a la violencia, y encima las germinaciones actuales, azarosas al modo de semillas de azotea?» La respuesta a sus preguntas retóricas es, naturalmente, La Suave Patria, el poema que no resuelve las contradicciones, sino las desarrolla como punto de partida para comprender el ser mexicano, dividido entre la duda y la fe, la violencia y la paz, la riqueza y su injusta distribución, Europa y el pasado indígena.

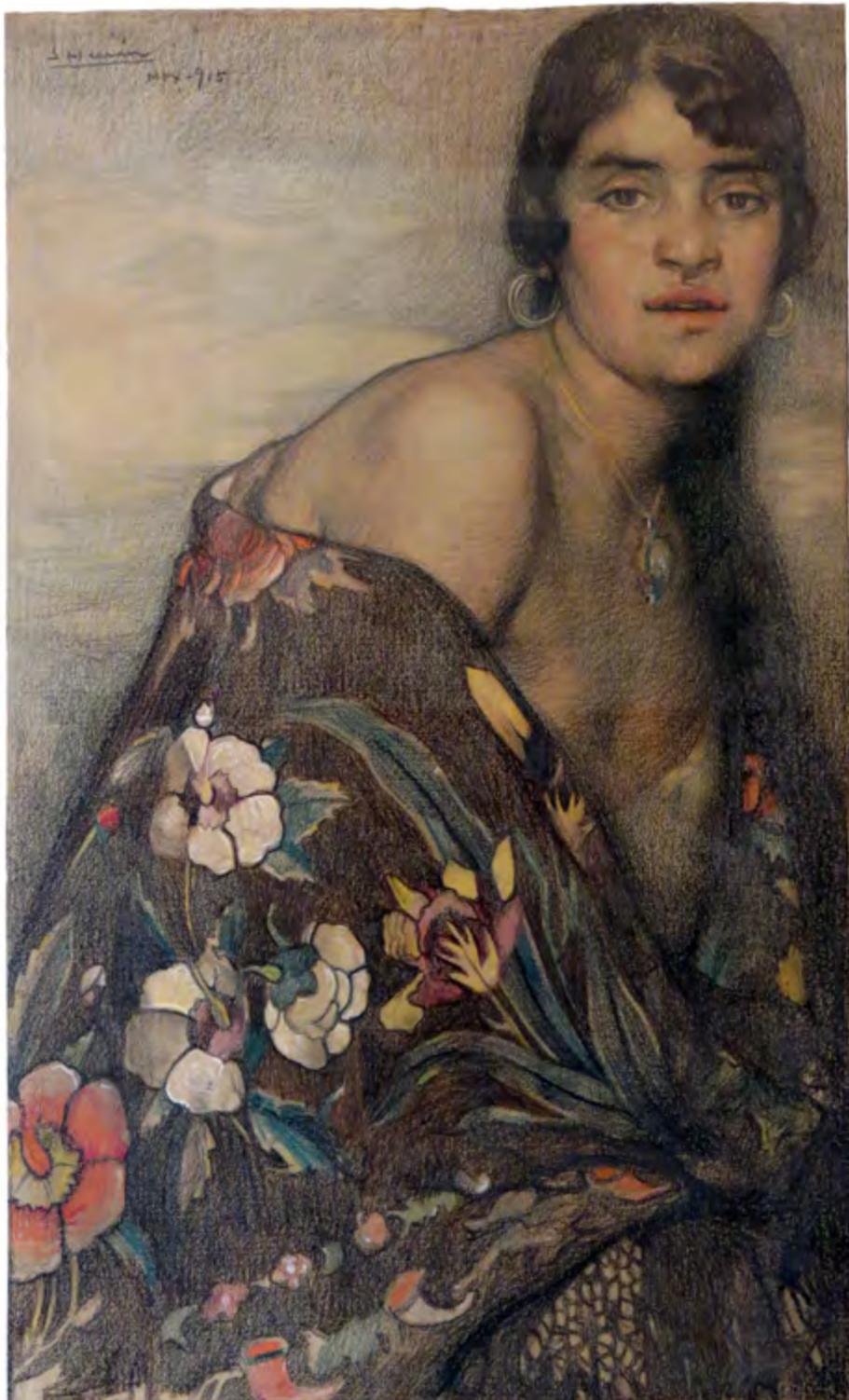
De ahí el paralelo que existe entre la escritura del poeta y las preocupaciones nacionalistas de Saturnino Herrán. Entre 1915 y 1918, Herrán firma los lienzos de las criollas, que integran la parte más intensa y propositiva de su producción. Al mismo tiempo, lector voraz, ilustra los libros y revistas de sus amigos escritores, y es con López Velarde con quien encuentra la convivencia más estrecha. A través de diferentes idiomas, el pintor y el poeta están buscando lo mismo: el mestizaje que la generación del Ateneo tomó como una

de sus banderas fundamentales. La preocupación creciente de Herrán por la arquitectura de la Colonia, que aprendió en las conferencias de Federico Mariscal, es patente en la portada que hizo para *La sangre devota*, una figura femenina en primer término y detrás la Iglesia de Churubusco.

La aparición constante de cúpulas de iglesia al fondo de sus retratos es sin embargo más profunda si pensamos en la dicotomía de López Velarde, la «síntesis de mi propio Zodiaco»: ambas potencias –la Religión y la Mu-



Retrato de Alberto Garduño 1913.
Óleo sobre tela



La criolla del mantón 1915. Acuarela y lápices de color sobre papel

jer- lo disputan para sí. Como en la pintura de Herrán en La Suave Patria la mujer no es un elemento decorativo sino identificación de la figura femenina por excelencia, el símbolo de la identidad nacional. Desde uno de los primeros poemas de La sangre devota, López Velarde ya mostraba su tendencia a incursionar en los terrenos de la plástica. El poeta que afirma entre paréntesis no tener las armas para lograr la transformación del referente, logra las correspondencias –en sentido baudeleriano- entre el sonido del rebozo de seda y la visión del contraste de los colores neutros enfrentados a la verdura:

Tenías un rebozo en que lo blanco
iba sobre lo gris con gentileza
para hacer a los ojos que te amaban
un festejo de nieve en la maleza.
Del rebozo en la seda me anegaba
con fe, como en un golfo intenso y puro,
a oler abiertas rosas del presente
y herméticos botones del futuro.
(En abono de mi sinceridad
séame permitido un alegato.
entonces era yo seminarista
sin Baudelaire, sin rima y sin olfato.)
¿Guardas, flor del terruño, aquel rebozo
de maleza y de nieve,
en cuya seda me adormí, aspirando
la quintaesencia de tu espalda leve?

En el cuadro «La criolla del rebozo» de Herrán, como en La Suave Patria, los símbolos nacionales se encuentran superpuestos y son simultáneos en tiempo y espacio: a espaldas de la mestiza que pone con su desnudez, su rebozo, su sombrero charro «la inmensidad sobre los corazones», se levanta el Sagrario de la Catedral. Herrán, como López Velarde, quiso hacer realidad el proyecto del jerezano de combatir la idea de que «el gobierno del pueblo por el pueblo no puede citarse frente a unos lindos tobillos». La siguiente estrofa de La Suave Patria podría ser ilustración de La criolla del rebozo de Herrán, y viceversa:



La criolla del rebozo 1916. Óleo sobre tela

Suave Patria, vendedora de chía,
quiero raptarte en la cuaresma opaca,
sobre un garañón y con matraca,
y entre los tiros de la policía.

La Patria que quiere López Velarde es generosa, elegante e invitadora, como las chieras. Del mismo modo en que Baudelaire había hecho andar sus pasiones en los rieles de la prosa y de la poesía, López Velarde formula su tesis de la épica sordina que se impone para hablar, desde lo más profundo, de un tema tan difícil con el amor, y más particularmente, del amor a la patria. Un amor que le habla de tú a sus próceres, que toma del talle a sus vendedoras de chía, que toma las palabras de la tribu para perturbarlas, azuzarlas, quitarles el sueño.

Uno de los mayores logros de la magia lopezvelardeana consiste en que sus poemas dan la impresión de estar escritos en lo que él llamaba la rápido prosa del vivir. Uno de sus poemas tempranos y mejores, «Mi prima Águeda» comienza con una frase que parece surgida de una conversación familiar: «Mi madrina invitaba a mi prima Águeda a que pasara el día con nosotros», la cual es rescatada mediante el vuelo estremecedor y misterioso de los versos siguientes «y mi prima llegaba con un contradictorio prestigio de almidón y de temible luto ceremonioso». Nuestro poeta era aun seminarista, «sin Baudelaire, sin rima y sin olfato». Nunca leyó a los poetas de lengua inglesa en su idioma original, pero su genial intuición lo llevó a adivinar los nuevos senderos por los que debía transitar la poesía. En ese espejo se reconocieron poetas futuros como el Francisco Hernández de En las pupilas del que regresa, el José Luis Rivas de Tierra nativa, el Ernesto Lumberras de El cielo o Espuela para demorar el viaje.

López Velarde y Herrán llegaron al escenario artístico en un momento en que las artes combinan de manera afortunada sus respectivos compases. Prueba de ello es la gran cantidad de gremios que se dieron cita para despedir a Herrán:

En los momentos en que nosotros estuvimos en la capilla ardiente, pudimos ver a los señores doctor Enrique González Martínez, Alberto Pani, Julio Pani, Alberto Garduño, licenciado Ramón López Velarde,

escultor José Tovar, Aniceto Castellanos, licenciado Julio Torri, licenciado Mariano Silva, Alberto Cañas, Jesús González, ingeniero Gonzalo Felgueras Pani y otros muchos. El entierro se efectuó hoy a las cuatro de la tarde en el Panteón Español.



Retrato del Ing. Alberto J. Pani 1917. Crayón acuarelado sobre papel

Este 8 de octubre de 2018 recordamos el centenario de la entrada en la inmortalidad de Saturnino Herrán. El periódico El Pueblo dio la noticia al día siguiente en su primera plana: «Falleció ayer el notable pintor S. Herrán», al tiempo que «el senado de la República enlutó días sus tribunas, en honor el señor doctor don Belisario Domínguez». La vida y la guerra continuaban: en Europa, los aliados reanudaban sus operaciones con intensidad y brío y en el Salón Rojo se ofrecían vistas de los tanks que alternaban con La amada de París, estelarizada por Theda Bara, mientras para el 11 de octubre se anunciaba una función de gala de la Santa de Federico Gamboa en el teatro María Guerrero.



Primera plana del periódico «El Pueblo» donde se informa la muerte de Saturnino Herrán. 9 de octubre de 1918

Un año después de la muerte de Herrán, Ramón López Velarde pronunció su «Oración fúnebre». No es un texto nacido del momento, sino un examen atento del artista plástico. Con el malabarismo verbal que caracterizó sus más altas manifestaciones en prosa, el poeta logra hacer «un retrato moral del pintor». Acudimos constantemente a él para comprender a Herrán pero también para explicarnos la identificación que el poeta hallaba con él.



Retrato del Lic. Lauro G. Caloca 1917. Dibujo cuarelado sobre papel

De su lectura derivamos que ambos se hablaban de usted y, en contraste con la aparente adustez que revelan fotografías y autorretratos de Herrán, el texto de Ramón revela a un Saturnino dueño de un peculiar sentido del humor, que lo ejercía implacablemente con los otros pero también, y en primera instancia, contra sí mismo.

Un tercer motivo de interés: la escritura de López Velarde revive la vieja polémica en torno a la crítica de arte ejercida por el poeta. Profesional de la mirada, el poeta no posee acaso la formación ni el vocabulario exigido para la interpretación de la obra de arte, pero sí es dueño de un arsenal crítico, emotivo sensible que le permite aproximarse a la obra de arte no solo con pasión e intensidad, sino con un lenguaje verbal equivalente, con una segunda mirada a veces no poseída por el crítico profesional de arte. «Los privilegios de la vista», denominó Octavio Paz a los disfrutados por el poeta que se aproxima a la belleza domesticada, interpretada y rearmada por el artista plástico. El verdadero y definitivo testamento y despedida fue «La Suave Patria» donde la pluma y el pincel del poeta y el pintor se cruzaron de una vez y para siempre.

La Suave Patria ha combatido cerca de un siglo en contra de declamadores empeñados en cantar un poema concebido para decirse. Sin embargo, que no nos indigne la afirmación de que López Velarde es nuestro poeta cívico. Habría que dejar de pensar en el carácter peyorativo del término y decir que el auténtico poeta cívico es el que lucha por el bien de la polis, y con su trabajo intenta hacer más puras las palabras de la tribu. De la misma forma, instalado en su legendario taller de la calle de Mesones, Herrán fue sólo un excelente maestro de dibujo de la Academia de San Carlos, sino un artista virtuoso que logró en muy poco tiempo sentar las bases de una identidad pictórica que es al mismo tiempo, como antes se dijo, nacional y universal.

Ramón López Velarde lo definió como el «poeta de la figura humana» y al trazar el retrato del pintor estaba haciendo su propia biografía, la del enamorado de la ciudad que a ambos los hizo suyos y los condujo a la muerte, la forma más alta del amor. Además de rendir homenaje al artista plástico con el que tantas afinidades tiene, estaba escribiendo el mejor de sus autorretratos, el que nunca fue pintado por su amigo. Herrán había sido su compañero de múltiples andanzas. Caminar junto a él era caminar con el cuerpo, en el cuerpo, de la ciudad que dio a Herrán «paisaje y figu-

ra», cuando él «la acarició piedra por piedra, habitante por habitante, nube por nube». Saturnino se posesionó de la ciudad mediante los cinco sentidos. Así lo demuestra su criolla rozagante, gloriosamente desnuda, con la severidad de la Catedral al fondo y rodeada de elementos que conforman la suave Patria cuya riqueza cromática Ramón supo traducir en el poema con el que se despidió tangiblemente de este mundo.

Coda

No ha llegado hasta nosotros un retrato de Ramón López Velarde pintado por Herrán. Sin embargo, nos es dado conjeturar cómo hubiera sido pieza semejante: de preferencia en crayones acuareleados, que dan a los retratos de Herrán un carácter personal e inconfundible. Era un gran pintor pero sobre todo un dibujante mayor. Ciertamente en que sus cuadros al óleo el color y la plasta tienen una expresión que va más allá de lo representado, pero el dibujante Herrán hubiera infundido en su retrato de Ramón López Velarde un carácter inconfundible. Si los ojos negros, los labios carnosos y las manos seminaristas eran lo más distintivo del poeta, en Herrán hubiera hallado la mejor de las traducciones, como puede apreciarse en los excelentes retratos de Arturo Pani y de Artemio del Valle Arizpe. El fondo hubiera sido el cerro de la Bufa, como puede apreciarse en el retrato del también zacatecano Lauro G. Caloca, quien abandonó su inicial carrera de las armas para crear la escuela rural, con el apoyo de José Vasconcelos.



Retrato de Ramón López Velarde 1916. Lápiz sobre papel

La afirmación anterior merece ser matizada. A mi retorno a la ciudad de México, «millonésima en el placer y en el dolor», como la llamó el poeta, encontré un amable correo de Saturnino Herrán Gudiño, nieto del pintor, acompañado de una amabilidad aún mayor: un dibujo de Ramón López Velarde trazado por Herrán: una novedad para la patria. Ramón no mira de frente ni sonríe con los ojos aunque en su boca aparece el gesto ambiguo de la mayor parte de sus fotografías. Una llama en el pelo, que parece en primera instancia un mechón banco, hace notar que el pintor proyectaba un retrato simbólico del amigo, más allá del parecido físico. La aparición intempestiva de ese dibujo demuestra que los caminos de Ramón López Velarde y de Saturnino Herrán constituyen misterios por descifrar.



Autorretrato con calavera 1918. Grafito sobre papel